

América en plural y en singular

I - El baile de los enmascarados

(Sergio Marras: entrevista con Octavio Paz)

Sergio Marras: Hasta ahora, la mayoría de los escritores latinoamericanos entrevistados en este libro coincide en pensar que ciertas ideas claves de los siglos XVIII y XIX se han derrumbado o están siendo seriamente cuestionadas y que la idea de América Latina es una de ellas. ¿Hasta qué punto está usted de acuerdo con esto?

Octavio Paz: No estoy muy convencido. Es cierto que algunas ideas del Siglo XIX —el ejemplo mayor es el marxismo— han perdido vigencia. En general se han desmoronado las ideas y filosofías que pretendían encerrar al mundo y a la historia en una teoría general. Vivimos el ocaso de los sistemas. En cambio, han reaparecido ciertas ideas de la Ilustración y hoy están más vivos que nunca Kant y, en el otro extremo, Adam Smith.

S.M.: ¿No cree usted que ciertos conceptos como progreso, como historia, están, por lo menos, siendo revisados?

O.P.: Fui uno de los primeros, hace más de treinta años, en señalar el crepúsculo de la idea del progreso. Vivimos el fin del futuro como idea rectora de nuestra civilización. También está en decadencia la creencia —la superstición— en la historia como un proceso dotado de una dirección determinada*.

En cuanto a la América Latina: no creo que sea una *idea*. Es una realidad histórica. Quizá el nombre, América Latina, no es muy exacto; en el siglo pasado la expresión más usual era América Española. Rubén Darío, el fundador de nuestra literatura moderna, usa el término América Española en su famosa *Oda a Roosevelt*. América Latina es una denominación de origen francés que se empezó a poner de moda en el siglo XIX. Es inexacta, como lo es el nombre de América Sajona. Esta última comprende muchos grupos que no son sajones; la sociedad norteamericana es un conjunto de etnias y de culturas diversas. El elemento sajón —mejor dicho: anglosajón (WASP)— fue determinante en el pasado pero ya no lo es. El nombre de América Latina es inexacto porque no son latinas ni las comunidades indígenas ni los negros. Mientras *sajón* es un nombre restrictivo, *latino* es demasiado vago. Es más preciso —aunque no abarca toda la realidad el adjetivo hispano. Lo es porque alude a la lengua que todos hablamos. En fin ¡qué se le va a hacer! Tampoco los nombres de nuestros países son muy exactos. Estados Unidos es una expresión nebulosa y Estados Unidos de América un abuso de lenguaje. México es una palabra con irradiaciones históricas y legendarias, evoca a la luna, al agua y al peñón del águila. ¿Por qué se le ocurrió cambiarla por ese remedo: Estados Unidos Mexicanos? Si los nombres son inexactos e inexpressivos,

las realidades que designan son muy reales: América Latina es una realidad que se puede tocar, no con las manos sino con la mente.

S.M.: Hay grandes discusiones sobre si llegó la modernidad a América Latina y en qué forma... ¿No cree usted que lo que llegó a América Latina fue, más bien, una idea de la modernidad y no la modernidad misma?

O.P.: De esto podemos hablar más tarde. Para saber en qué consiste la modernidad en América Latina hay que pensar primero en sus orígenes. Un historiador mexicano, Edmundo O'Gorman, ha señalado con perspicacia que, antes de la llegada de los españoles, no existía lo que llamamos América. En efecto, los nómadas que poblaban las llanuras de lo que es ahora Argentina y Chile, no tenían noticia ni conocimiento de las tribus que habitaban el Amazonas y menos aún de las altas culturas de Perú, Bolivia y México. Lo mismo sucedía con las tribus del norte del continente. Las civilizaciones más desarrolladas de América, la mesoamericana y la incaica, no se conocían entre ellas. Nuestra América, la que habla español y portugués, se constituye como una unidad histórica bajo la dominación de las coronas de España y Portugal. No podemos entender nuestra historia si no entendemos esto. La cuestión del origen es central. Aquí entra el tema de la modernidad. Y entra de dos maneras. La primera se refiere a la actualidad de nuestro pasado: las culturas son realidades que resisten con inmensa vitalidad a los accidentes de la historia y del tiempo. Nuestro pasado indio y español está aún vivo. Pero la modernidad no nació de ese pasado sino frente e incluso en contra. La modernidad, la nuestra, vino de fuera y comenzó como una lucha. La segunda, ligada estrechamente a la anterior, se refiere al carácter peculiar de la cultura hispánica en el mundo moderno. España representa, en el alba de la modernidad, en el siglo XVI, una versión muy singular de Occidente. Por una parte, inaugura la modernidad con los viajes de exploración, los descubrimientos y las conquistas. España y Portugal inician la expansión de Europa, uno de los hechos decisivos de la modernidad. Por otra, un poco más tarde, se cierran a Europa y a la modernidad con la Contrarreforma.

La otra gran nación europea que penetró en América fue Inglaterra. Estaba ligada a un fenómeno totalmente distinto: al protestantismo y al nacimiento de la democracia moderna. La historia de Inglaterra y de Holanda —potencia esta última que tuvo importancia en la primera época de América— sería impensable sin la Reforma. El protestantismo ha sido uno de los fundamentos del individualismo moderno y de la democracia política. De ahí que la democracia, en los Estados Unidos, haya sido primero de tipo religioso. Así se dibuja, desde el principio, la gran oposición que divide a la América española y lusitana de la mitad angloamericana. La nuestra

* Esta entrevista forma parte del libro *América Latina. Marca registrada*, de Sergio Marras, que comienza a circular en estos días.

* Véase *Corriente alterna* (1968), *Los hijos del limo* (1974), *El ogro filantrópico* (1979), etc.

nace con la Contrarreforma, tiene un concepto jerárquico de la sociedad, su visión del Estado es la de la monarquía según los teólogos neotomistas (no la del absolutismo francés, como se cree generalmente) y, en fin, su actitud frente a la modernidad naciente es polémica. La América sajona nace con los valores de la Reforma y del libre examen, profesa una suerte de embrionaria democracia religiosa (es antipapista, antirromana) y se identifica con la modernidad que comienza. Ambas son proyecciones de dos excentricidades europeas, la inglesa y la hispánica, una isla y una península. Entender esto es comenzar a comprender nuestra historia.

S.M.: Cuando vinieron las independencias, se tomó prestadas varias ideas que no son estrictamente inglesas ni españolas, se recurrió a ideas más bien francesas...

O.P.: La influencia de las ideologías de esa época fue determinante. Es imposible ignorar, además, la impresión que causaron en nuestros intelectuales y en nuestros caudillos las dos grandes revoluciones, la de los Estados Unidos y la de Francia. Ambas fueron, más que antecedentes, verdaderos ejemplos. Pero hay otro factor no menos decisivo y que muchos se niegan a ver. La independencia de América Latina no es explicable sin un fenómeno concomitante y que fue su causa determinante o, como decían los escolásticos, eficiente: el desmembramiento del imperio español. Esto es esencial. España había sido ocupada por las tropas de Napoleón, y su hermano José gobernaba con la colaboración, hay que decirlo, de muchos liberales españoles. Fue una invasión extranjera y una guerra civil. Por último, hay otra influencia que no siempre se menciona: el ejemplo de Napoleón. Su figura fascinó e inspiró a muchos caudillos hispanoamericanos. Fue un modelo de dictador.

En suma, para entender lo que ocurrió en esos años hay que considerar la doble naturaleza histórica de la independencia hispanoamericana (el caso de Brasil es muy distinto). En primer lugar, el proceso de desintegración del imperio español, precipitado por la ocupación francesa de España. Este proceso se mezcló inmediatamente con otro que era su natural consecuencia: el movimiento independentista. Ambos se funden y son indistinguibles. La independencia fue, al mismo tiempo, desmembración. El resultado fue el nacimiento de veinte naciones y pseudonaciones. Los agentes activos de la independencia y la fragmentación fueron los mismos: los caudillos. Pero hay algo más: los grupos intelectuales que participaron en la independencia adoptaron las ideas del liberalismo francés, inglés y norteamericano y se propusieron establecer en nuestras tierras repúblicas democráticas. Ahora bien, esas ideas democráticas no habían sido pensadas para la realidad hispanoamericana ni habían sido adaptadas a las necesidades y tradiciones de nuestros pueblos. Así comenzó el reinado de la inautenticidad y la mentira: fachadas democráticas modernas y, tras ellas, realidades arcaicas. La historia se volvió un baile de máscaras.

S.M.: Allí hay un punto interesantísimo, y es que esos caudillos-dictadores-libertadores llegaron con la idea de la modernidad, de la libertad, de la igualdad, en fin, de la democracia, en la cabeza pero no la aplicaron. ¿Hasta qué punto eso marcó un abismo entre ideas y realidad que caracterizará a nuestras clases políticas en las que sólo se podrá encontrar una idea de modernidad pero en el marco de un gran anacronismo práctico?

O.P.: Exactamente. Sin embargo, quizá debemos matizar un poco todo esto. Las ideas de la Ilustración sirvieron para fundar y justificar los movimientos de independencia en América del Sur. El caso de México fue un poco distinto. Si se leen con cuidado y sin prejuicios los textos de los primeros jefes insurgentes mexicanos, se percibe que sus argumentos fueron tomados sobre todo de los teólogos neotomistas. Pienso, sobre todo, en la afirmación de que la soberanía reside originalmente en el pueblo, de lo que se desprende, si el soberano es injusto o ilegítimo, el derecho a la sublevación. El jesuita Mariana justificó, incluso, el regicidio. Un pintoresco e inteligentísimo clérigo, Fray Servando Teresa de Mier, usó estas ideas para justificar la revolución de independencia de México. Según Fray Servando, Nueva España era uno de los reinos que integraban la corona española, como Aragón, León y los otros; la usurpación napoleónica, al romper el pacto, había devuelto su soberanía al pueblo novohispano. En consecuencia, el pueblo de Nueva España, al recobrar su soberanía, podía separarse de la corona de Castilla y escoger sus propias autoridades. Era un razonamiento que tenía muy poco que ver con las proclamas de la Revolución francesa y que venía directamente de la teología neotomista. Unos años después se adoptaron las ideas de la modernidad. Los modelos fueron la Revolución de independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa. Pero su adopción fue irreflexiva, un acto de imitación, un expediente. En México, como en los otros países, la modernidad republicana y democrática fue una ideología importada, una máscara.

Resumo: la revolución de los caudillos de la independencia obedeció a la lógica de los imperios en desintegración; los caudillos escogieron, casi siempre con buena fe, la ideología más a la mano, la que estaba en boga en aquellos años. Aquí aparece la gran hendedura: no había una relación orgánica entre esa ideología y la realidad hispanoamericana. Las ideas nuevas deben ser la expresión de las aspiraciones de la sociedad y, por tanto, tienen que ser pensadas y diseñadas para resolver sus problemas y responder a sus necesidades. Así pues, es indispensable que, antes de la acción política, las proclamas y los programas, la colectividad experimente un cambio interno. Un cambio en las conciencias, las creencias, las costumbres y, en fin, en la mentalidad profunda de los agentes de la historia: los pueblos y sus dirigentes. La Revolución francesa es impensable sin el gran cambio intelectual y moral del siglo XVIII. Fue una mutación vasta y honda, que abarcó todos los dominios, de las ideas al erotismo. Ni España ni sus colonias experimentaron ese cambio fundamental que transformó al resto de Europa en el siglo XVIII. En realidad, no tuvimos siglo XVIII: ni Kant ni Hume ni Rousseau ni Voltaire. Tampoco vivimos, salvo superficialmente, los cambios en el gusto, los sentimientos, la sexualidad y, en una palabra, la cultura de esa gran época. Lo que tuvimos fue la superposición de una ideología universal, la de la modernidad, impuesta sobre la cultura tradicional. El ejemplo mayor es la familia, que es el núcleo y el alma de cada sociedad. Cambiaron nuestras constituciones y nuestros regímenes pero la familia indoeuropea siguió siendo la misma. La familia, en México, ha sido la fuente de uno de nuestros vicios públicos más arraigados: el patrimonialismo. Creo que entre ustedes pasa lo mismo.

S.M.: ¿Usted cree que estas máscaras de las que usted hablaba son, en el fondo, un invento libresco, literario y que

los responsables son, más bien, los ensayistas y los escritores de la época?

O.P.: Las revoluciones políticas y sociales son fecundas si corresponden o responden a los cambios en la cultura de una sociedad. Estoy convencido de que los cambios en el orden cultural no son menos decisivos que los cambios en el orden material. En el siglo XIX cambiaron nuestras ideas y nuestras leyes, no nuestras actitudes vitales.

S.M.: ¿Esta máscara se prolonga hasta hoy?

O.P.: Sí. Pero sin duda simplifico. La historia de la importación y de la imitación de las ideas europeas en América Latina es mucho más compleja y accidentada. Sin embargo, el proceso fue esencialmente el que he señalado. Para completar esta visión de nuestra historia hay que tener en cuenta otra circunstancia capital. El proceso de la desintegración del imperio español y el surgimiento de las naciones latinoamericanas coincide con un fenómeno exactamente de signo contrario: el proceso de integración y expansión de los Estados Unidos.

S.M.: Es inversamente proporcional...

O.P.: Es un espejo invertido. Lo que sucedió en Estados Unidos, el nacimiento de la modernidad, de la democracia y de una gran nación unida es el fenómeno inverso de lo que sucedió en América Latina. Creo que es bueno hablar de esto porque no entenderemos el problema de la integración de América Latina si no entendemos el verdadero sentido de su desintegración. Ante la geografía política de América Latina, debemos preguntarnos si las naciones latinoamericanas tenían en aquella época una verdadera fisonomía histórica y cultural; enseguida, si esas nuevas naciones eran viables en lo político y en lo económico. La respuesta no puede ser general: cada caso fue distinto. Por ejemplo, México. Es un viejo país y sus raíces se hunden en el pasado precolombino. Su capital fue fundada en el siglo XIV por los aztecas. Los conquistadores españoles, con muy buen sentido, la conservaron. Después, durante el siglo XVI, los españoles gobernaron al país con la cooperación de su aliados indígenas, sobre todo los tlaxcaltecas, y con el auxilio de los restos de la aristocracia indígena. Poco a poco los criollos compartieron el poder con los españoles y, más tarde, en el período independiente, con los mestizos, que hoy son la mayoría. Así se creó una sociedad mixta, compuesta por distintos grupos étnicos y que hoy tiene cierta homogeneidad cultural. La verdadera fusión se realizó gracias a la Revolución mexicana. Es verdad que la Revolución no ha resuelto muchos problemas, pero logró la integración de México. Hoy mi país tiene carácter o, para usar una expresión que no está de moda, alma nacional.

S.M.: ¿Y cómo se diferencia México del resto?

O.P.: El caso antitético es el de Perú. Su historia es semejante a la mexicana en algunos aspectos: preeminencia de altas culturas indígenas y una compleja y refinada cultura hispánica durante los siglos XVI, XVII y parte del XVIII. La historia moderna del Perú se desvía en el momento de la independencia. En Perú no hubo realmente revolución de independencia: la hicieron otros sudamericanos. Después, a diferencia de México, los peruanos no tuvieron en el siglo XX una revolución. Así, el gran conflicto cultural y racial, resuelto en parte por la Revolución mexicana, sigue vivo todavía en el Perú. Esta es una de las razones, no la única, que explica la infortunada e innecesaria derrota de nuestro amigo Vargas Llosa. En su

contra jugaron —aparte de la inquina de la mezquina izquierda y la mediocridad de la derecha que lo apoyó— los prejuicios raciales. Vargas Llosa, un hombre moderno, tuvo que luchar en contra de una realidad arcaica y envenenada por siglos de discriminación.

En otras sociedades el elemento indígena fue exterminado. Se habla muy poco del genocidio cometido en Argentina y Uruguay. Junto a Chile, son sociedades que nacen a fines del XVIII y principios del XIX. Argentina y Chile tienen homogeneidad cultural y una clara identidad nacional. Hay otras naciones en las cuales las civilizaciones prehispánicas tienen menos peso que en México y Perú pero que cuentan con poblaciones importantes de origen indio, como Bolivia, Paraguay, Colombia, Ecuador y Venezuela. En algunas de esas naciones aparece un elemento no menos notable que el indio y que contribuye a darles inconfundible fisonomía: el aporte negro. Por último, las naciones que son una creación artificial, una ficción histórica. Naciones inventadas por necesidades políticas, ya sea por los caudillos o por las oligarquías locales, naciones que son el resultado de los accidentes de la historia. Un ejemplo: Uruguay. Aunque es un país que me gusta muchísimo —por su gente y por su tradición democrática— no creo que sea fácil saber qué es lo que distingue a un uruguayo de un argentino. En cambio, es fácil distinguir a un chileno de un argentino. Otro caso de ficción histórica: las naciones centroamericanas. Esos estados nacieron por la voluntad de los caudillos, las oligarquías locales y la influencia del imperialismo norteamericano. Lo mismo sucedió en las Antillas. No creo que Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana sean naciones, en el sentido recto de la palabra: son fragmentos de naciones. El día en que logremos crear una geografía política civilizada, esos pueblos se unirán.

S.M.: Yo quisiera hacer una pequeña digresión sobre este tema. ¿Por qué usted está tan convencido de que países como Argentina y Chile son modernos?

O.P.: Son modernos porque nacieron con la modernidad, es decir, a fines del XVIII y a principios del XIX. Pero tiene usted razón, son modernos a medias, su evolución ha sido incompleta. De todos modos, son países que no tienen un pasado histórico tan complejo y contradictorio como el de México o el del Perú. Cuando un mexicano piensa en su historia, no tiene más remedio que pensar en su pasado; cuando un argentino o un chileno piensan en su historia, piensan en el futuro. En este sentido sí son plenamente modernos.

S.M.: ¿No encuentra que Chile y Argentina, culturalmente, son mestizos...?

O.P.: No, no lo son. Son países de inmigrantes europeos, casi todos de origen latino, aunque hay alemanes y yugoslavos entre los chilenos. De nuevo: hay que matizar, todo es relativo. No niego que el elemento indígena está presente en Argentina; niego que sea determinante. Hasta hace poco muchos argentinos ignoraban o subestimaban la existencia de las "cabecitas negras", como se llama allá a los indios y a los mestizos. Hace muchos años, a principios del peronismo, coincidí en París con José Bianco, un amigo querido y un notable escritor. Bianco era el secretario de redacción de la revista *Sur*. Gracias a él conocí a Adolfo Bioy Casares y a Silvina Ocampo. Un poco después llegó Victoria Ocampo, a la que llamábamos la "Reina Victoria". En esos días pasó por París otra argentina famosa, una reina no de las letras sino

del *music-ball*, Evita Perón. Apareció cubierta de perlas, pieles y cursilería. Una noche, mientras comentábamos los asuntos de Argentina, surgió una discusión. Mis amigos veían al peronismo como un fenómeno de importación europea: era una versión criolla del fascismo italiano. Repuse que el peronismo era, sobre todo, un fenómeno latinoamericano: el populismo y el caudillismo son enfermedades endémicas en nuestros países. Me replicaron con cierta impaciencia: Argentina no era México y en su país no había indios ni mestizos. Contesté: lo que ustedes están descubriendo ahora con Perón es que su país no es ni Suiza ni Inglaterra. Ustedes son un fragmento de América Latina y de España, con sus generales y sus demagogos.

S.M.: Y sus indígenas...

O.P.: En un momento de la conversación salieron a relucir los "cabecitas negras" que apoyaban a Perón. La expresión me extrañó y le pregunté: ¿quienes son esos "cabecitas negras"? Al explicarme que se trataba de indios y de mestizos del interior, exclamé: ¡Esto podría hacerme simpático al peronismo!

Más allá de las anécdotas, lo esencial es comparar el desmembramiento de los países hispanoamericanos frente al fenómeno de la unidad norteamericana. La reciente desintegración de la Unión Soviética puede mostrarnos con mayor claridad lo que pasó entre nosotros. Hemos sido testigos, en los últimos años, de dos procesos distintos: el fin del socialismo autoritario y la liquidación del imperio ruso. Si se estudia un poco la historia de Rusia, se advierte que, hacia 1910, solamente el sesenta por ciento de la población hablaba ruso y solamente el cincuenta por ciento era de religión ortodoxa. (Mis cifras son aproximadas aunque esencialmente exactas.) Así pues, el zarismo no logró integrar a todas las nacionalidades. El régimen comunista fracasó también en esto. De ahí que hoy reaparezcan en la superficie histórica esas viejas naciones oprimidas. En cambio, el imperio español sí logró imponer —no sólo por la fuerza sino a través de la evangelización— una notable unidad religiosa, lingüística y cultural.

Ignoro lo que el porvenir reserva a las naciones que formaron la Unión Soviética y si la Comunidad de Estados Independientes resistirá a las tendencias centrifugas. En el caso de América Latina, el desmembramiento del Estado español provocó, en sociedades inmaduras, la aparición de caudillos y grupos que construyeron nuevas naciones con ideologías importadas. ¿Por qué surgió el caudillismo, inventor del nacionalismo hispanoamericano? Porque la nueva legalidad, la legalidad republicana y democrática, carecía de la legitimidad que tuvo la monarquía hispánica. Esa legitimidad no era única ni exclusivamente jurídica sino histórica y tradicional. La nueva legalidad republicana era una concepción jurídica y política sin raíces en la realidad de nuestros pueblos y sin precedentes. La gran ruptura de nuestra historia moderna ha sido la del tránsito de la monarquía hispánica a la democracia, del trono supranacional a la presidencia nacional. Este tránsito no podía realizarse plena y pacíficamente porque la nueva legalidad republicana no había sido precedida, como en Europa y en Estados Unidos, por un cambio en las conciencias y en las mentes. No había temple democrático porque faltaban las clases y los grupos (la burguesía sobre todo) que habían hecho posible, en Europa, la revolución de la modernidad. Los caudillos y otros grupos impusieron la ideología

moderna, la nueva legalidad; la impusieron desde arriba y así le arrebataron legitimidad. La convirtieron en una ficción que oprimía a la realidad real. La respuesta fueron las asonadas, los cuartelazos, la anarquía y las dictaduras. Hoy podemos consagrar a esa legalidad republicana: la democracia comienza a enraizar en nuestros pueblos. Asimismo, a diferencia de los países que formaron la Unión Soviética, nosotros tenemos un patrimonio común en la lengua, la cultura y la religión. Tenemos un pasado compartido. El nacionalismo entre nosotros no ha sido mortífero como en Rusia y en los Balcanes.

S.M.: ¿Y ese enmascaramiento usted insiste en que se da hasta hoy?

O.P.: Todavía no caen todas las caretas... Otro tema conexo y sobre el que vale la pena decir algo es el del imperialismo. Se ha hablado años y años del imperialismo norteamericano. Pero nosotros no hemos reflexionado sobre el carácter y la función de ese imperialismo.

S.M.: ¿Qué tendríamos que haber descubierto?

O.P.: En primer término, debemos distinguir entre los diversos tipos de imperios. Hay Estados que ejercen su dominación sobre territorios inmensos donde viven distintos pueblos con distintas culturas y lenguas. Son los imperios clásicos, como el romano, el chino y el ruso. A veces la autoridad central impone una cultura homogénea —la religión, la lengua, la ley— a los pueblos sometidos. El imperio logra crear una civilización; es el caso de los españoles en América Latina y el de China, que unió a un país inmenso. Después, está el tipo de dominación que se ejerce sobre distintos países en los que se conservan las nacionalidades de cada uno pero todos sometidos a un poder y a una misma ley. El mejor ejemplo son los imperialismos modernos de Gran Bretaña y de Francia. Finalmente hay esa forma híbrida de imperialismo que son los Estados Unidos. Por sus tradiciones político-democráticas, ese país no puede tener una ideología imperial; al mismo tiempo, por sus necesidades económicas y políticas, necesitó extenderse. Su imperialismo ha sido más bien de orden económico; la política y la fuerza militar le han servido para preservar estos o aquellos privilegios de orden económico. Es un imperialismo sin una ideología hegemónica y universalista. Y esto es lo que no ha sido estudiado en América Latina. Los Estados Unidos viven una contradicción histórica desde hace más de cien años: son un imperio y son una democracia. Pero son un imperio peculiar: su existencia no se ajusta a la noción clásica de imperio. Ahora interviene una nueva circunstancia: el apogeo militar de los Estados Unidos coincide con su declinación económica. La forma en que sea resuelta esta nueva contradicción afectará radicalmente no sólo al futuro de esa nación sino al del mundo entero.

S.M.: Esta declinación de Estados Unidos frente a la integración europea, frente a Japón, ¿cree usted que va a llevar a América Latina a unirsele, a que sea su socio natural?

O.P.: Bueno, creo que esa sería la solución óptima para los latinoamericanos y para los norteamericanos. Sin embargo, una cosa es lo que la razón dice y otra lo que los pueblos y la historia escogen. En general, los pueblos escogen la solución menos racional. Es difícil, no imposible, que los Estados Unidos rechacen a la tentación imperial y no busquen imponerse por las armas. Desde el punto de vista militar, son el país más poderoso de la tierra, según se vio en la guerra del Pérsico. Sin embargo, los ejemplos de Alemania y del Japón

durante la pasada guerra — ahora el de la Unión Soviética— muestran que no basta con la superioridad militar. La prudencia, que es la más alta virtud política según Aristóteles, aconseja otra solución. En este período de grandes bloques económicos, la renovación de la declinante economía de los Estados Unidos exige un nuevo tipo de asociación con la América Latina.

S.M.: Pero hay ya ciertas luces sobre eso. México, por ejemplo, hizo un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos... Y México siempre había sido uno de los países más contrarios a cualquier tipo de unión con los Estados Unidos...

O.P.: Antes de tratar este tema, quiero referirme, así sea de paso, a la evolución de las actitudes de las clases intelectuales de América Latina. Entre 1930 y 1940, por causas bien conocidas, el descrédito de los regímenes democráticos provocó la aparición de varias corrientes autoritarias, casi todas inspiradas por un rabioso nacionalismo y un populismo vöcinglero. Las ideas de algunos de estos grupos colindaban con las ideologías totalitarias en boga en aquellos años. No es difícil percibir ecos del fascismo italiano y del falangismo español en varios grupos intelectuales de Argentina, Nicaragua y otros países. (En Nicaragua cambiaron después de chaqueta y, con la honorable excepción del poeta Pablo Antonio Cuadra, saltaron del fascismo al castrismo.) Otros adoptaron el mesianismo revolucionario, en la versión espuria del marxismo que ha circulado en nuestras tierras, hecha de retazos de leninismo, stalinismo y gaseoso tercermundismo. El movimiento de izquierda creció después de la segunda guerra mundial y se convirtió en la ideología dominante entre los intelectuales. Sólo hasta hace unos pocos años, vencido por los hechos, ha perdido vigencia. La ha perdido relativamente: todavía quedan muchos obstinados. Un intelectual mexicano, antiguo rector de la Universidad, ha publicado un ensayo en el que afirma que Cuba representa la democracia del porvenir y compara a Castro con Montesquieu.

Alguna vez escribí que nuestros intelectuales de izquierda eran los herederos de los teólogos neotomistas del siglo XVI. Exageré: el neotomismo fue una filosofía compleja y sutil mientras que el marxismo hispanoamericano no es sino una suma de vulgaridades, simplezas y obcecaciones. Un verdadero obscurantismo: ninguno de nuestros marxistas ha tenido ni tiene la hondura y la originalidad de un Suárez o de un Vitoria. A pesar de todo esto, en algo se parecen a los neotomistas del XVI: conciben su misión como una cruzada y durante años y años han sido los incansables guerreros de una ideología. Fueron sacerdotes y evangelistas de una pseudoreligión sin dios pero con inquisidores y verdugos. Nuestros intelectuales de izquierda heredaron también la intolerancia jacobina y la creencia ingenua en un pañado de frases como llaves del universo y de la historia. Han prolongado así uno de los vicios tradicionales del pensamiento hispanoamericano: la fe en las soluciones globales, la falta de respeto por la realidad.

S.M.: Bueno, muchos de estos intelectuales marxistas hoy son neoliberales... ¿Hasta qué punto cree usted que el neoliberalismo hoy se está tomando, en América Latina igual que una teología, de modo semejante a como se tomó el marxismo en su oportunidad?

O.P.: Desconfío de esas súbitas conversiones. Me temo que sea un nuevo cambio de piel. ¿Por qué desconfío de ese

repentino descubrimiento de la democracia? Lo he dicho ya muchas veces: porque el cambio no ha sido precedido por un examen público de conciencia y por una franca confesión de los errores cometidos. Esto es lo que hicieron, en su momento, Gide y Silone, Koestler y Camus, Semprún y Spender. Esto es lo que no han hecho, salvo unas cuantas excepciones, los intelectuales latinoamericanos. Si hay algo valioso en la tradición cristiana, algo que el intelectual debería continuar, es el examen de conciencia. Si nuestros intelectuales hubiesen hecho ese examen de conciencia, habrían explicado a sus lectores (y a sí mismos) por qué se engañaron y por qué los engañaron. Así se habrían economizado mucha tinta, mucha bilis... y mucha sangre. Pero los intelectuales han callado. Es grave pues no se trata sólo de errores intelectuales y políticos sino de faltas morales.

El socialismo autoritario —o para llamarlo por su nombre verdadero: el comunismo— no sólo fue un enorme fracaso político, económico y social. Fue también y sobre todo un régimen terrorista que oprimió a muchos pueblos, deportó a otros y que, en fin, asesinó a millones de hombres. Se recuerdan los crímenes de Stalin pero se olvida que el terror comenzó en 1918, con la fundación de la Cheka por Lenin. La institución de los campos de concentración duró hasta hace pocos años y todavía subsiste en China y en Cuba. El stalinismo fue una exageración criminal, no una desviación. Si la conversión a la democracia de nuestros intelectuales de izquierda es realmente sincera, tiene que ir acompañada por una confesión: fueron cómplices —acepto que, en la mayoría de los casos, de manera involuntaria y de buena fe— de un crimen inmenso. No se trata de cuestiones ideológicas ni de opiniones políticas sino de una responsabilidad moral. Lautréamont dijo, parodiando a Shakespeare: "toda el agua del mar no basta para borrar una mancha de sangre intelectual".

En cuanto a los escritores e intelectuales que hemos criticado no tanto al marxismo como al leninismo, y no tanto a este último como a los regímenes comunistas: cumplimos nuestro deber. Fue una tarea de higiene política, intelectual y moral. En mi caso —no tengo más remedio, frente a ciertas difamaciones, que hablar de mí mismo— mi crítica a los regímenes comunistas estuvo siempre acompañada por mi oposición a las dictaduras militares de América Latina y de otras partes del mundo. También señalé con frecuencia las injusticias, las hipocresías, los excesos y las carencias de las democracias liberales capitalistas. Por último, apenas si es necesario mencionarlo, recuerdo mis críticas al régimen de partido hegemónico en México. No me arrepiento de lo que he dicho y escrito porque, a pesar de sus fallas enormes y sus injusticias, el sistema democrático es mejor que las dictaduras de izquierda o de derecha. Sin embargo, hoy, derrumbado el comunismo totalitario, podemos y debemos continuar con mayor empeño y rigor la crítica de las sociedades liberales capitalistas.

S.M.: ¿Cuáles son sus críticas a la sociedad liberal?

O.P.: El mercado libre es el motor de la economía. Sin mercado, la economía se paraliza. Pero el mercado es un mecanismo ciego y que produce automáticamente muchas desigualdades, injusticias y horrores. La historia económica moderna de Europa y de los Estados Unidos es la historia de las continuas correcciones que se han hecho al mercado libre. Las enmiendas se hicieron a través del movimiento obrero (la libertad sindical es el complemento necesario del

mercado libre) así como por la acción reguladora del Estado. En el futuro próximo será también decisiva la influencia de los consumidores. Concibo al mercado como una democracia. Así como la democracia política está regulada por la división de poderes, el mercado debe ser regulado por los empresarios, los obreros, los consumidores y el Estado.

Otra falla del mercado, mejor dicho, de su filosofía: pretende reducir la actividad social a la producción y al consumo. El intercambio comercial somete los valores al común denominador del precio. Pero hay cosas muy valiosas, tal vez las más valiosas, que no tiene precio: la abnegación, la fraternidad, la simpatía, el amor, la amistad, la piedad, las obras de arte. Marx criticaba al capitalismo porque reducía al obrero a horas de trabajo. Tenía razón. La misma crítica puede hacerse al nihilismo del mercado que convierte al precio en el valor único. Leo con frecuencia que se ha vendido un Rembrandt en no sé cuántos millones de dólares y un Picasso en no sé cuántos. Me parece escandaloso y me avergüenzo de mi época. El culto al dinero corrompe a las almas y envilece a las sociedades.

Y hay una tercera crítica, tal vez la más grave: el mercado, movido por el lucro sin freno y por el ansia de producir para consumir más y más, está acabando con los recursos naturales. La destrucción del medio ambiente amenaza a la supervivencia de la especie humana... Es claro, por todo esto, que debemos convertir al mercado en una expresión del pacto social. El mercado debe operar dentro de ciertos límites: la justicia social, la moral pública, la integridad espiritual de nuestra civilización, la supervivencia física de la especie humana. Marx pensaba, como todos en su época, que la naturaleza era una fuente de energía y que el hombre debería dominarla y explotarla. Ahora pensamos que la naturaleza es una fuente de vida que debemos respetar y venerar. Redescubrimos así ciertos elementos de nuestra herencia espiritual, tanto del cristianismo como del liberalismo y del socialismo.

S.M.: ¿En qué sentido?

O.P.: El ideal de una sociedad justa es un legado muy valioso del socialismo. Debemos preservarlo. A su lado, la idea de la dignidad de la persona humana, herencia del cristianismo. Por su parte, el liberalismo afirma que la democracia está fundada en la libertad y que la propiedad debe ser respetada porque es uno de los fundamentos de esa libertad. Sí, pero la propiedad no es ni puede ser el valor supremo. La riqueza debe estar sujeta al control de la sociedad como el poder público debe estar sujeto a la crítica de la sociedad. Todo esto me parece esencial. El remedio para los males de nuestra sociedad no es únicamente el mercado. El remedio es la democracia real, extendida a todos los órdenes: el económico, el político, el social.

S.M.: ¿Quién ganó la guerra, entonces, el capitalismo o el socialismo?

O.P.: El gran perdedor fue el socialismo autoritario, el comunismo. El capitalismo no sólo ha demostrado ser mucho más eficaz económicamente sino que posee una capacidad de adaptación superior. El capitalismo de 1990 no es el capitalismo de 1890 ni el que conoció Marx. Se ha modificado y se va a modificar en el futuro. La polémica ha sido clausurada por la historia. Capitalismo y socialismo, izquierda y derecha, son términos que pertenecen al pasado. De esto no se deduce la inmovilidad; al contrario: nuestra sociedad está condenada a cambiar si quiere sobrevivir. Ese cambio será imposible sin una nueva filosofía política. Ignoro las formas que adoptará ese nuevo pensamiento pero presumo que recogerá muchos elementos de nuestras dos grandes tradiciones, la liberal y la socialista. Las críticas que he hecho al mercado podrían extenderse a otros dominios: la ética, la cultura, la política. Por ejemplo, las democracias modernas están gobernadas por enormes maquinarias políticas, los partidos. Esto explica el creciente abstencionismo en los países desarrollados. Otra execrecencia: la publicidad como valor supremo. Todo esto habrá que cambiarlo. El fin del comunismo no debe ser sino el principio de otros cambios. □



Vista de la Bahía de Nutka desde la playa del establecimiento español.